

ALGO SOBRE EL SENTIDO CRISTIANO DE LA EDUCACION

Por Enrique Cueto

Carta a un estudiante de Pedagogía, consecuencia de unas conversaciones sobre el tema, realizadas en el Instituto correspondiente de la Universidad de Chile.

En "El Cartero del Rey", la formidable obra de Tagore, es protagonista un niño, Amal, cuya razón de ser vital es la espera de una carta del Rey - con mayúscula -. Y cuando, súbitamente asaltado por una curiosa duda, pregunta que cómo va a entender la carta si no sabe leer, recibe esta aproximada respuesta: " - Tonto. ¿Y no te basta con que ponga tu nombre?"

Lo que es como decirle: " - Si el Rey, el Todo, la Plenitud, te mira a ti, se dirige a tí, si le importas tú, personalmente tú, ¿qué más puede decirte que tu nombre, todo tú, tu substancia? ¡Tan importante eres, tanto valortienes Amal, tan infinito, que el Rey, el Señor, asiste a cada instante tuyo, no como Censor - sólo - no como Juez - sólo - , sino, sobre todo, como Padre! Tan gran cosa eres, Amal - niño, hombre quienquiera que seas y como seas, alto o bajo, apuesto o esmirriado, listo o torpón, rico o pobre - que el Rey te contempla a ti, te escribe a ti.

"Y es que el Rey te quiere, Amal. Y te quiere no por tu habilidad, no por tu elegancia, no por el color de tu cara o de tu sangre, no por el brillo de tu placa ni por el monto de tu hacienda; sino porque eres un hombre. Y ser

hombre es ser mucho. Por eso le importas tú.
Por eso le importa cada uno como tú.

"Esta es la gran verdad a la que habías que
abrirte cauce, la verdad que tú presentías.
Pero necesitabas que, de afuera, te ayudaran
a hacértela entrañable. Ya reside en tí.
Duerme."

Mi buen amigo:

Quieres ser un educador. El misterio de la vocación te ha inclinado hacia este puesto de combate en el gran frente de la Humanidad. Está bien. Por lealtad a la voz interior quieres asumir la responsabilidad de este estado. Para ello te preparas: vas a un Pedagógico. Bien. Asistes a clases, lees libros, te adiestras en técnicas. Muy bien. Nada de eso está demás. Pero, cuidado. Mira que no vas a trabajar con ladrillos, ni con leyes, ni con riñones.

El "objeto" de tu quehacer profesional va a ser el hombre, cada hombre, el único realmente existente - como te dirá Unamuno - el de carne y hueso, el que come y duerme, el que sufre, el que ama, el que muere, sobre todo muere.

Y es bueno empezar por ahí. ¿Profesor? Sea. Pero si, como esperas, he de hablarte en cristiano, debo decirte que no sé de otra ubicación inicial ante la educación que no consista en sentir la presencia del ser humano, concreto, existencial. Has de aprender a detenerte y contemplar al hombre para ir sintiéndolo. Fíjate que digo contemplarlo y sentirlo, no conocerlo -o, por lo menos, no sólo conocerlo como un "fenómeno" observable desde el impenetrable afuera. Sino conocerlo "en simpatía", vibrarlo, vivirlo. Estamos delante de un ser libre y eterno. Que está aquí camino de Allí.

Que es hijo de Dios, hechura y semejanza suya.

Y nota la consecuencia psicológica o experiencial - como prefieras - de esta realidad ontológica: Este hombre-

tiene por drama vital una insaciable - ahora - nostalgia de paraíso, de plenitud. El mismo Unamuno dirá de él que siente "morriña de hogar eterno". Y esto lo vuelve precario, doliente, "pordiosero" (sobre todo en el sentido literal).

Como está hecho para la Felicidad - la de después - se afana en búsqueda de la Presencia, que es cobija, que es compañía, que es Amor. Y mientras tanto, aquí - tiempo, mundo - anda azaroso suscitando amores - con minúscula, pero amores - necesitando respondido en otros, luchando por ser "alguien", tanto más alguien cuanto menos se sienta.

Y se buscará alguien, con frecuencia, en la hermosura, la riqueza o el poder, pretendiendo destaque, a ratos hasta grotesco, al vestir, al hablar, ... Muchas veces, esta desconfianza en su calidad se hace patética y se asienta en el hondón del pesimismo, y lo verás encogido de hombros, entregado a un triste vivir cara a la tierra, sórdidamente. Y muchas otras - ya lo habrás observado - rebelándose en el cinismo aparente, máxima indigencia interior, se encastilla en el excepticismo, creyéndose defendido por tres o cuatro para él formidables ideales destructores, que disfrazan su sensación de fracaso.

Este posible ser humano de todos los días - amigo futuro educador-es, te repito, tu "objeto" profesional. Y yo me permito, entonces, insistirte: no te dediques a este menester si no eres capaz de tomar conciencia de que es un hombre el que tienes delante, como tú, y como tú inmenso - aunque asustado -, y, como tú, hermano de Cristo, que murió por "cada uno". Piensa qué enorme ser va a estar en tu órbita de acción, y que este pensar se haga entraña en tí. Piensa con qué finura, con qué delicadeza (sin merengueos, por favor) con qué infinita ternura - que no excluye el brío, ni el castigo, ni la voz dura - has de acercarte a él. Cómo debes "empaparte" de esta realidad suprema hasta que, "impregnado" ya todo tú, en el imponderable espontáneo de la voz, de la mirada, del gesto, de la actitud, estes obrando en lo que llamáramos "estado de gracia pedagógica". La presencia del hombre - melancólico de cielo - haga residencia en ti.

Pero, permíteme algunas consideraciones más: Este reconocimiento es debido a la calidad que el ser humano tiene, por encima de sus personales méritos o deméritos (lo que no obsta para que se vea aumentado por la rectitud de su conducta libre). Y el respeto a esta calidad será, por lo tanto, una constante del trato con el hombre, pueda él captarlo o no: se lo deberemos igualmente al niño de cuna - que puede ser el vientre de su madre todavía -, al demente, o al enfermo que está en la mesa de operaciones. Es siempre un hombre. Nada menos. Y se lo deberemos también en lo recóndito de la intención, en la intimidad del juicio crítico, del buen deseo, de la oración ofrecida. En resumen: el respeto al hombre - no cortesía sólo - se lo debemos en derecho por su dignidad de hijo de Dios.

Pero ahora bien: es además necesario para la eficacia de la tarea educativa que el hombre - por recibir ese trato - vaya tomando conciencia - o al menos subconciencia - de esa su enorme dignidad. Y ese imponderable de que te hablaba (palabra, gesto, mirada) va a ser, así, el primer gran "recursd" pedagógico. Veamos brevemente por qué:

El hombre, en el sentido de evolución psicológica camino de una madurez, es el autor de sí mismo. Tiene que ir poniendo en juego sus potencias para actualizarlas. Crecerá gracias al esfuerzo de sus propios músculos (espirituales y de los otros). Tiene que descubrirse y hacerse (tú, educador, serás asesor y "catalizador") mediante "su" trabajo, por "su" adhesión a la verdad, en "su" aceptación de la dificultad y del sacrificio. Pero, para movilizar sus fuerzas, para dar cara a la lucha, necesita un "por qué" Tiene que sentir -aunque sea en el subterráneo - que vale la pena el dolor de decidirse y el dolor de aceptar; que conduce a alguna parte - atractiva -, que tiene sentido. Y, además necesita creer que "él" puede. Necesita, pues, fe en el ideal hombre y confianza en sí mismo. Y, amigo educador, una y otra están en muy rica dependencia del grado de dignidad que el hombre sienta poseer. Casi me atrevería a decirte que toda la educación terminaría ahí: en el punto en que el hombre llega a vivencializar la plena conciencia de su dignidad. (Haría falta sólo, después, una epidérmica gimnasia espiritual de adaptación al medio). Te invito a pensar conmi-

go que el delincuente - en el más amplio sentido - es, la mayoría de las veces, un hombre que se cree muy poca cosa (y menos cosa se cree cada vez gracias a los demás). Y, por el otro lado, ¿quién que, en el ápice de la conciencia donde se determina la voluntad, viva la verdad de su filiación divina - nada menos - podría ser traído, impuro, cobarde o hipócrita?

También pues, por eficacia debemos gritarle al hombre: "Eres una gran cosa. Eres infinito. Aunque no te lo parezcas. Aunque te veas pequeñito aquí, aunque te sientas abandonado, o te veas difamado, o te desprecien. Eres inmenso. Hay escrita una carta del gran Rey que tiene tu nombre.

Pero este reconciliar al hombre con su patria, este ponerlo de ojos hacia heredad del Padre, este ayudarlo a instalarse en la austera alegría de su grandeza, no se logra - amigo - con silogismos, sólo, ni con sermones, sólo, ni con aparatos pedagógicos, sólo. Te concedo que de algo te han de servir. Pero la auténtica labor educativa no la podrás llevar a cabo si quedas en sabio. No te digo que no seas sabio. Pero sí te digo que no seas sólo sabio. No vas a trabajar ni con ladrillos, ni con rifiones, ni con leyes - recuérdalo -. Sino con hombres. Y al hombre no lo conocerás por dentro, no lo intuirás, no lo simpatizarás, y menos le vas a decir nada, si no te acercas a él "a lo humano", poniendo en ello todo tu ser que será potente en la medida en que haya hecho extensión hacia todas las zonas de la semejanza, de la hermandad. Créeme: serás sólo un "instructor", un "pasante". No un educador. No un amigo. No establecerá el hombre - niño o no - diálogo interior contigo si no te intuye próximo - prójimo -. Es como aquel marinero del romance que, a la solicitud distante del infante Arnaldos contestó:

"Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

Y para ello has de crecer - te repito - en todas las dimensiones de tu humanidad. Habrás de ser "muy hombre". Habrás de poner en juego, sobre todo, aquéllos que yo llamaría tus "talentos cordiales".

Amigo mío. ¿Quieres ser profesor? Bien. Vete a la Universidad. Lee libros. Oye lecciones. Aprende técnicas. Todo eso está muy bien. Pero cuidado. Eso es sólo una parte y, siendo lo que más "ocupe", es la menos importante, aunque necesaria. Escucha: No se trata tanto de saber más, cuando de ser más. (Si acaso, saber más para ser más). ¿Ciencia? ¿Técnica? Sí. Pero al servicio de la gran vivencia interior, unitaria, intuición enriquecida, genial.

Muchos hombres están solitarios (no son los únicos los de aspecto desamparado) con su impotencia, su frío, su desgano, su ignorancia de eternidad, raquítica la nostalgia. No pretendas llegarles con el libro debajo del brazo a hablarles de cosas que no tienen resonancia en ellos, y, de seguro, tampoco en tí. Quizas te sigan por rutina, y hasta darán buenos exámenes. Pero es falso, aparente ese diálogo. No. Acércate con lo mejor de tí mismo - enriquecido sí en sabiduría y destreza -, pero íntegro, en la plenitud alcanzable de los talentos negociados - los "cordiales" los primeros. Ahí te espera y te dirá "su canción" y entenderá la tuya, el hombre de carne y hueso, hermano tuyo, hijo de Dios, redimido y dignificado por la sangre de Cristo. Ese hombre, nostálgico de hogar eterno mendigo de ternura, flaco de fe. Recuerda: eres "sal de Esperanza". Si esta sal se hace insípida, ¿de dónde vendrá el testimonio?

Tu amigo

Enrique Cueto.

Santiago, Agosto 1957.